

po, errarán el cálculo, los embarazarán los compromisos, ó sus mismos vicios echarán por tierra sus mas bien parados intereses. Desengañémonos: sin Dios nada podemos, y con él abundaremos en toda clase de bienes; porque él es, como dice el Profeta, el que abre su mano y llena á todo animal de bendición: y ántes habia dicho: *Los ojos de todos, ó Señor, están fijos en tí, que es de quien esperan todo bien, y tú les das su comida en tiempo oportuno. Todas las criaturas, dice en el Salmo 103, esperan de tí que les das alimento á su tiempo: dándonoslos tú, cosecharán y lo recogerán.* Luego es menester que él lo dé, para que podamos haberlo, y que lo dé cuando le agrade, y cuando nos convenga, *en tiempo oportuno.* ¡Oh qué felicidad para nosotros es depender para todo de un Padre omnipotente y sabio al infinito, que nos ama y provee á nuestras necesidades con tanto esmero! ¡Cuánto mas seguros tenemos en él nuestros bienes que aquellos hombres carnales y terrenos que fían en sus tesoros y vastas posesiones!

Concluiremos irfiriendo de estos mismos textos de la Escritura Santa, la razon con que Jesucristo nos hace pedir el pan de cada dia, diciendo: *Dánosle hoy,* que es para que nos penetremos bien de la entera dependencia en que estamos de Dios en todos los instantes de nuestra corta vida, y para que nos ejercitemos debidamente en la fé y la esperanza, creyendo y esperando, contra los delirios del materialista, en un Dios providentísimo que nos está mirando, cuidando y proveyendo de todo y en todo momento con amor de Padre, para quien seria una ofensa que le pidiésemos de una vez sola, todo lo necesario, porque seria dar á entender que le podía faltar con el tiempo ó el poder ó la voluntad de proveer á nuestra necesidad.

—————
DIA VEINTE Y SEIS.

Santos Cipriano y Justina, mártires.

San Cipriano, que tuvo el sobrenombre de mágico, nació en el siglo III en una ciudad pequeña llamada Antioquia, que está situada entre la Siria y la Arabia, y fué unida por el gobierno de los romanos, al de la Fenicia. Sus ascendientes gozaban de gran reputacion, tanto por su nobleza como por la opulencia que gozaban, y mas que por estas cualidades, por la ciega supersticion con que estaban



S. Cipriano y S. Justina Mártires.



S. Cosme y S. Damian Mártires.



S. Venecio Mártir.



S. Simon de Rojas.

afectados á la religion gentílica. En esta criaron y educaron á Cipriano, y puede decirse que él adelantaba aun mas que lo que prescribian las infernales lecciones de sus padres idólatras. Apenas tenia siete años cuando se dedicó á la astrologia judiciaria, á la magia y otras supersticiones, que en aquel tiempo de barbarie se les daba el nombre de ciencias. Para instruirse mas en ellas, abandonó su casa y marchó para Atenas: despues viajó al monte Olimpio en Macedonia, y recorrió la ciudad de Argos, la de Frigia, parte del Egipto, la Caldea y la India, cuyos lugares eran muy célebres por los progresos que en ellos habia hecho la superstición. Por todos los sitios donde transitaba, cometió excesos inauditos de todas clases, por que estaba entregado al furor de los demonios. El degollaba ocultamente á los hombres, á las mugeres y á los niños, porque queria encontrar en sus entrañas algunos indicios para vaticinar los futuros; y con esta práctica detestable adquirió cierta dureza para no escuchar los remordimientos de la conciencia, ni las inspiraciones de la naturaleza, que se oponia á la perpetracion de aquellos delitos. Se desenfrenó de tal manera, que no habia exceso que no cometiera: ninguna vírgen estaba segura de su lascivia desenfrenada, y nada podia oponerse á la consecucion de sus proyectos.

Regresó Cipriano á Antioquia, y se apasionó ciegamente de Justina, que era una bellissima muger educada en la religion católica, aunque era nacida de padres paganos que despues se convirtieron con su ejemplo. De ella estaba igualmente enamorado un jóven idólatra llamado Agladio, que á pesar de sus esfuerzos nunca habia podido lograr su correspondencia; y viendo que habia empleado los medios comunes inutilmente, quiso valerse de los extraordinarios de la magia, y vió á Cipriano, como que era el que tenia mas reputacion en este arte diabólico. Cipriano, que como dijimos antes, estaba ciego de amor por Justina, tomó la causa por suya, y para persuadirla á su correspondencia, usó de los artificios de la superstición. Advirtió Justina el empeño con que estos dos idólatras trataban de seducirla; redobló sus oraciones y sus penitencias, y se encomendó muy particularmente á la purísima Vírgen Maria para que la librara de aquel peligro.

Nada pudo adelantar Cipriano en su conquista, porque un poder irresistible destruía sus maquinaciones, y ya empezó á desconfiar del demonio y á considerar que habia otra potencia superior á la suya. Se resolvió por fin á separarse de sus ficciones; pero el ene-

migo del hombre, que conoció todo lo que iba á perder con la conversion de Cipriano, atribuló su alma con ideas funestísimas, pintando en su agitada imaginacion los pasados delitos con los colores mas vivos, y al mismo tiempo la inflexible justicia del Dios de los cristianos, sin que pudiera esperar en su infinita clemencia y misericordia. Engolfado en este mar de amarguras y á punto de desesperarse, se entregó á un abatimiento mortal; pero Dios, que lo tenia escrito en el libro de los predestinados, le inspiró la idea de que buscase el consuelo en un sacerdote que se llamaba Eusebio, que habia sido su condiscípulo. A este antiguo amigo descubrió su corazon y le pintó la grande tribulacion en que se hallaba; mas este lo consoló, lo hizo que tomara alimento, porque ya hacia tres dias que carecia de él, y lo dijo que lo llevaria con los cristianos para que se tranquilizara. En efecto, al dia siguiente lo condujo á la junta de católicos, porque aunque los que no habian recibido el bautismo no podian asistir á los oficios divinos, si podian concurrir con los cristianos á otras devociones, para que se fueran instruyendo en la fé: la impresion que causó en Cipriano esta primera concurrencia fué tal, que la describe diciendo: *Yo vi un coro de hombres celestiales, ó de ángeles cantando á Dios: añadiendo al fin de cada verso en los salmos la palabra alleluya, de modo que no parecian hombres.* Todos los cristianos, y principalmente el obispo, dudaron al principio de la conversion de Cipriano, porque conocian sus maldades; pero despues se persuadieron de la sinceridad de su corazon, y al dia siguiente los convenció mas, quemando á su vista todos los libros de su magia, y distribuyendo entre los pobres sus riquezas. Entónces lo recibieron de catecúmeno, y habiéndose instruido en los misterios de la santa religion, el mismo obispo le confirió el bautismo, y á su ejemplo Agladio que habia sido su compañero en la pretension de Justina, lo fué tambien en su conversion.

Supo Justina la milagrosa trasformacion de sus dos pretendientes, y no cesaba de dar gracias al Todopoderoso por haber derramado sus misericordias sobre aquellos corazones obcecados ya con los vicios. Se cortó el pelo esta santa doncella en señal de que ofrecia á Dios su perpetua virginidad, y distribuyó entre los pobres toda sus riquezas. Cipriano varió de vida; y de un pecador obstinado se convirtió en un Santo; si ántes era soberbio, presuntuoso y lascivo, ahora se distinguió por su humildad, su modestia, su castidad y santo temor de Dios, con un sincero desprecio de todas las cosas del mun-

do. Cipriano se colocó de barrendero del templo de los católicos; y despues de algun tiempo se ordenó de sacerdote y fué elevado á la silla episcopal de Antioquia, aunque algunos opinan que fué de Damasco ó otra ciudad de la Siria.

En esta época comenzó la sangrienta persecucion de Diocleciano, y Dios quiso probar la verdadera conversion de Cipriano, no solo con los hechos que hasta entónces habia practicado, sino haciendo que derramara su sangre por aquella religion que aborrecia en su juventud. El gobernador de la Fenicia que residia en Tiro, lo mandó traer á su presencia, lo que tambien hizo con Justina, que ya se habia retirado á Damaseo, donde era su patria, y donde probablemente se erce que sucediese este hecho. Ordenó el gobernador que el primero fuera desgarrado con uñas de hierro, y la segunda fuera cruelmente azotada. Ejecutado este primer martirio, fueron mandados los dos Santos á la presencia de Diocleciano, que á la sazón estaba en Nicomedia, y este cruel emperador, luego que se impuso de que eran cristianos, sin averiguar otra cosa, mandó cortarles las cabezas. Se ejecutó la sentencia á las márgenes del rio Galo, y se hizo extensiva á Theotisto, que era cristiano y le habló á S. Cipriano cuando iba á ser decapitado.

Algunos cristianos que habian pasado de Róma á Nicomedia, pudieron con algun trabajo recoger las reliquias de estos ilustres mártires y las condujeron á Róma á bordo de un pequeño buque. Una piadosa muger, llamada Rufina, que era de la familia de Claudio, levantó un hermoso templo cerca de la plaza mayor de Róma en honor de estos Santos, en tiempo de Constantino el Grande, y ahora tiene esta iglesia el nombre de este emperador. Posteriormente se trasladaron estas preciosas reliquias á la Basílica lateranense.

La Epístola es del capítulo X de la del Apóstol San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos primeros dias, cuando despues de haber sido iluminados sufristeis un gran combate de persecuciones: por un lado habiendo servido de espectáculo al mundo, y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes indignidades. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas, y llevasteis con alegría la rapina de vuestros bienes considerando que teniais un patrimonio mas excelente y duradero. No queráis, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un grande galardón; porque es necesaria la paciencia, para que haciendo la vo-

luntad de Dios, obtengais lo que os está prometido. Pues dentro de un brevísimo tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Entré tanto el justo mío vivirá por la fe.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo (pág. 617).

En aquel tiempo: Estando Jesús sentado en el monte del Olivo, se llegaron á él sus discípulos, &c.

MEDITACION.

Sobre el valor y eficacia de la penitencia.

Considera que la penitencia es un bautismo que borra y cancela los pecados todos para siempre. Una sola vez recibimos el bautismo de agua; pero el de la penitencia se puede reiterar y recibir muchas veces. ¡Qué consuelo para los pobres pecadores! ¡Cuán obligados estamos al Señor! Si no nos hubiese dejado esta tabla salvable de la penitencia, ¿cómo nos salvaríamos del naufragio? Pero en ella tenemos un remedio pronto, fácil y reiterable. No por eso debemos abusar de la penitencia para ofender á Dios á nuestro salvo; pero si por desgracia hemos pecado, aunque haya sido con frecuencia, siempre el remedio subsiste para nosotros. Grande mal es pecar; mas no por eso debemos desesperar, porque si tenemos verdadero dolor, la penitencia borrará nuestros pecados. Es verdad que si pecamos gravemente tenemos mucho que temer, mas aun en este caso tiene lugar la esperanza; porque no hay pecado, por enorme que sea, que no borre la verdadera penitencia. Mas ¡oh Dios! que á lo frecuente y á lo grave puede agregarse lo inveterado; y entónces ¿qué remedio? La misericordia de Dios es infinita; mas no son infinitos sus efectos. La justicia sigue á la misericordia, y toma venganza del abuso que se ha hecho de aquella. Sin embargo, mientras seamos viadores tiene lugar la penitencia, y como sincera y verdadera, cancelará el pecado y la costumbre aun en el último instante de la vida.

Considera que los mandamientos con que Dios arregla nuestra conducta, nos dan la esperanza mas segura de que Dios usará con nosotros de misericordia. Me manda que yo perdone todas las injurias que me han hecho; pues tambien me perdonará todas las que yo he cometido contra su Divina Magestad, si me arrepiento de ellas. Me manda que perdone de corazón y con sinceridad; pues

tambien me perdonará del mismo modo. Me manda que perdona de corazón á todos mis enemigos en todo tiempo y hasta en la muerte; pues tambien perdonará á todos los pecadores, en todo tiempo y mientras están en esta vida mediante el arrepentimiento. Me manda que olvide las injurias y que no tome venganza; pues tambien olvidará mis pecados, contentándose con mi penitencia y perdonándome la pena eterna que merecia por ellos. ¡Oh misericordia de Dios! ¡Oh benignidad infinita de un Dios que retribuye á su criatura el poco bien que hace con un perdon que le vale tanto como la eterna bienaventuranza!

PETICION Y PROPÓSITOS.

De qué modo, Dios mio, mas agradable á tí, podré protestarte mi arrepentimiento, é implorar tu misericordia, que bendiciéndote con tu Profeta, y exclamando con él: "Bendice, ¡oh alma mia! á tu Dios y Señor; y vosotros, potencias y facultades mias, uníos para alabar al santo nombre." Despierta ya, alma mia, y no seas perezoza para alabar á quien te ha vuelto á la vida, ni olvides los grandes beneficios que has recibido de su piadosa mano. El es el que perdona todas tus iniquidades; el que cura tus llagas y sana todas tus enfermedades de alma y cuerpo. El es el que rescata tu vida de la muerte, y á manos llenas derrama sobre tí sus misericordias. El es quien llena con abundancia todos los deseos que concibes de tu salud, y te comunica de sus bienes. El es quien te restablece, y hace que se renueve en tí tu primer vigor y hermosura, al modo que el águila, dejando sus envejecidas plumas, se viste de otras nuevas.

JACULATORIA.

Tú, Dios mio, tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y perdonas los pecados de los hombres por amor de la penitencia.

LECCION.

Sobre la cuarta peticion del Padre nuestro bajo del sentido espiritual.

Siendo el hombre un ente compuesto de dos sustancias, una nobilísima y espiritual que es el alma, otra muy inferior á aquella que es el cuerpo, no hubiera el Salvador procedido conforme á su sabia y justa providencia, si dictando una oracion que alcanzase el sustento para esta porcion inferior, no la hubiese ordenado primera y

principalmente para impetrar el alimento de la superior y mas noble. Pero no es así; porque en efecto, la cuarta peticion del Padre nuestro que es esta: *El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy*, se dirige principalmente á solicitar el pan espiritual que alimenta las almas en el órden sobrenatural de la gracia. Es verdad que si proporciona sustento para el cuerpo es por mantener la vida animal, que en el hombre es la base de la racional; pero también lo es que esta no basta para una alma hecha ya capaz por la redencion, de un nuevo ser sobrenatural que conserva su vida por medio del alimento espiritual.

Como quiera que el pan es un alimento sólido y sustancioso, baje de este nombre se comprende, y con él se denota el sentido espiritual todo lo que nutre al alma, manteniéndola en la vida de la gracia. Así es que el ejercicio de las virtudes, la oracion, los sacramentos, la palabra de Dios, manteniendo y aumentando la gracia y la caridad, son pan del alma, como de la palabra de Dios dice la Sabiduría en los Proverbios: *Venid, comed mi pan y bebed el vino que os preparé*, cuyo alimento es de tanta importancia y tan benéfico para los hombres, que cuando Dios quiere castigarlos con una pena superior á todos los males temporales, se los quita, como amenazó por Amos, diciendo: *Yo enviaré el hambre á la tierra; mas no hambre de pan, ni sed de agua; sino de oír la palabra del Señor*.

Mas si la palabra del Verbo es pan de vida, ¿del mismo Verbo Encarnado podrémos dudar que sea, como el mismo Dios dijo, pan vivo que descendió del cielo? De ninguna manera; ántes confesáremos con San Pedro que él es el que nos mantiene en la vida del espíritu con sus palabras de vida eterna. *¿A quién iremos, Señor, le decia su discípulo? Tú solo tienes palabras de vida eterna; y nosotros hemos creído y conocido que tú eres Cristo, Hijo de Dios; cuya confesion gloriosa, que hace como cabeza de la Iglesia católica, abraza todavía mas, porque la hizo á consecuencia de la declaracion que el Salvador les habia hecho del Sacramento de la Encaristia, hablándoles abiertamente de este pan, que declara ser su carne misma, y que lo da para vida del mundo; y tanto, que el que comiere de este pan vivirá eternamente. Así es, que no solo lo confiesa pan espiritual manducable por la fé, sino tambien pan sacramental, que se ha de comer real y verdaderamente, porque es verdadera comida; pues este pan, como dijo el mismo Jesucristo, es su carne, y de esta*

dice: *“Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida.”* Y habla de real y verdadera comida, diciendo: *“Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros;”* y mas expresamente despues, donde dice: *“El que me come vivirá por mí.”* Si pues el que no lo come no tiene vida, y el que lo come la tiene por él; luego este pan es alimento que produce para la vida espiritual todo el efecto que el pan material para la vida del cuerpo, porque sustenta, aumenta, repara y deleita: si bien no convirtiéndose en nuestra sustancia corporea como el pan material, sino convirtiéndonos á nosotros en sí en cierto modo por la participacion de la gracia y de la caridad, y comunicacion de su espíritu.

Pero aunque la sagrada Eucaristia es propia y rigorosamente hablando, el pan de vida, tambien se dirigen á fortalecer nuestra alma en diferentes situaciones los demas sacramentos, porque todos se ordenan á él como á fin, unos como necesarios para recibir la Eucaristia sacramentalmente, y otros para disponer á su efecto que es la union con Cristo: lo son por su origen, por su institucion, por sus efectos; porque en todos obra la sangre de Cristo, todos fueron instituidos por él para reparacion del hombre, y todos la obran, produciendo la gracia que da y aumenta la vida sobrenatural en el alma.

Útil seria despues de todo lo dicho, dar la razon de por qué llamamos á este pan *quotidiano*, pues no podemos dejar de conocer que de él necesitamos todos los dias, que todos los dias debemos estar dispuestos para alimentarnos con él, y que de hecho ya por un medio, ya por otro, debemos recibirlo todos los dias, para mantener la vida de la gracia. Lo mismo puede decirse de la palabra *sobresustancial* que se encuentra en el Padre nuestro segun San Mateo, en lugar de la de *quotidiano* que trae San Lucas, aunque la voz griega es una misma en ambos; lo mismo, repetimos, se puede decir, pues nadie puede dudar de la excelencia de este pan, que como expone San Jerónimo, es insignie, singular, principal, único, entendiendo de este modo la expresion sobresustancial. Y á la verdad, ¿qué mas pura y verdadera sustancia que la que se contiene en este pan, puesto que es la misma gracia santificante que purifica al hombre y lo hace participante de la naturaleza divina por similitud; pero con real y verdadera participacion, especialmente en la Eucaristia, en que no solo la gracia, sino el mismo Autor de la gracia se le da al hombre

en alimento? ¡Oh, y qué felices somos, qué ricos con pan tan excelente, mucho mas cuando es nuestro y legítimamente nuestro!

En efecto, tenemos á él tanto derecho, que no hay entre las criaturas otro capaz de comparársele, porque el que estas tienen, en todas líneas es tan imperfecto, que ni aun en la cosa mas propiamente suya, como es su propio cuerpo, lo tienen en toda plenitud y perfección. Así es que no puede proceder de pleno y perfecto dominio la donación, cualquiera que sea, de un hombre á otro. ¿Pero podrá decirse otro tanto de todo lo que constituye la paz espiritual? ¿Quién mas es dueño de sí mismo, de todas sus gracias, que Dios? ¿Quién que tenga mas conocimiento, ni quien de mas libertad para donar? Luego por lo que respecta al donante y á la cosa donada, supuesto que se nos ha dado como no lo podemos dudar, nuestro derecho es tan fuerte y legítimo, que cuando le pedimos el pan en fuerza de él, no le decimos, *donátele*, sino *dátele*, como una deuda de justicia. Pero no así por lo que respecta á nosotros, porque para el mérito y para el efecto, que es como lo hacemos enteramente nuestro por la posesión y goce real y efectivo, se requiere en nosotros la fé y la caridad, mediante las cuales estamos unidos á nuestra cabeza como hijos de su Iglesia y miembros de su cuerpo místico. Por manera que para que esta donación tenga en nosotros el efecto, se necesita otra igual donación de nosotros mismos á su Magestad, por la que nos consagramos enteramente; para que de esta donación recíproca resulte el vínculo de unidad con que hechos con Cristo un cuerpo y un espíritu, adquiramos y gocemos lo que él tiene y mereció para nosotros. Y he aquí la razon porque los hereges y los cismáticos no hacen suyo este pan, de manera que no pueden decir el Pan nuestro, pues faltándoles la fé y la caridad, no están en aptitud para comerlo ni espiritual ni sacramentalmente; ni es para ellos un pan, sino un veneno, no por parte del pan divino que no puede convertirse en un mal; sino por la injusticia con que toman lo que no les es permitido al pecado habitual en que están por su separacion de Cristo y de su Iglesia. Otro tanto proporcionalmente se ha de decir del pecador impenitente; porque aunque esté en la iglesia por no haber negado la fé, está como miembro flaco por haberle faltado la caridad, y uno y otro se requiere para que podamos pedir con justicia y recibir licitamente el pan nuestro sobresustancial.

Mas á pesar de ser tanto nuestro derecho á este pan, no lo podemos tomar nosotros mismos, sino que, como nos enseñó Jesucristo,

es necesario que se lo pidamos á nuestro Padre, diciéndole: *Dánosle hoy*. La razon es, porque este pan en toda su extension, aunque administrado en lo visible por los ministros sagrados, lo es, y principalmente en lo visible por el Pontífice Sumo de los bienes futuros, Jesucristo, que con sus ministros celebra los misterios santos y hacen y dispensan todos los sacramentos. Tanta mas necesidad tenemos de pedirle este pan, cuanto que puede suceder y sucede por nuestra desgracia muchas veces, que el ministro inferior no puede juzgar sino por las palabras y señales exteriores, y advertir, regularmente hablando, á todos, los requisitos esenciales al sacramento; por lo que bajo de esta inteligencia, la petición *Dánosle hoy*, equivale á decir: Haz que sea válido el sacramento y que yo tenga la disposición debida para recibirlo fructuosamente, para que de esta manera reciba no solo el sacramento, sino tambien la gracia que comunica, y ese pan que alimenta mi alma. Así nos enseña á pedir Santo Tomás.

Es tanta la necesidad de pedir á Dios y de que Dios nos dé por medio de su Pontífice Sumo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, el pan de la divina palabra y el pan sacramental, que por eso no debemos recibirlo de manos de los apóstatas, hereges y cismáticos, aunque hayan sido ordenados legítimamente, porque estos no son verdaderos pastores que con Jesucristo recojan y apacienten su grey, sino ladrones que roban sus bienes para disiparlos, y lobos carnívoros que destrazan sus ovejas. Así es que no nos es lícito asistir á sus predicaciones ni al sacrificio de la misa, ni recibir de sus manos la Eucaristía ni los demas sacramentos, á excepcion del bautismo y la penitencia en peligro ó artículo de muerte, y esto á falta de sacerdote católico y aun de un simple fiel por lo que respecta al bautismo, conforme á la prohibicion de la Iglesia católica, justa y debida; porque, como dice San Cipriano de los cismáticos: "Estos rebeldes contra el sacrificio de Cristo, despreciados los obispos y hechos á un lado los sacerdotes de Dios, se atreven á erigir otro altar y á profanar con falsos sacrificios la verdad de la Hostia del Señor." Y en otra parte dice: "Formando falsos altares, fingiendo el lícito sacerdocio, celebrando sacrilegos sacrificios, inventando nombres adulatorios, se hacen acreedores á que los reputen entre los gentiles y publicanos." No tienen, pues, derecho á nuestro pan, ni puede ser nuestro el pan de ellos, porque no es legítimo, y no es legítimo, porque separados de Cristo y de la Iglesia católica, no lo pueden dar

con Cristo, ni Cristo con ellos; pues como dice el Apóstol: *¿Qué participacion puede haber de la justicia con la iniquidad, ó en qué puede convenir Cristo con Belial?* Pero baste lo dicho y veamos para concluir como es que pidamos este pan espiritual para hoy limitadamente.

La diferencia del pan nos dará diversa solucion á esta pregunta; si la contraemos al sacramental, es tanto el interes que tenemos en recibirlo cuanto ántes, que no queremos que pase del día de hoy; y si no pedimos para mañana, es por tener el mérito y el placer de pedirlo, de solicitarlo, de buscarlo mañana. Cuánto llene esto á una alma, entenderálo quien de veras ama. Fuera de que es este un bien tan grande y tan escaso nuestro mérito, que harto es no atrevernos á pedirlo una vez. Así es que el amor y el respeto, la confianza y la humildad á un mismo tiempo, aunque por diversas razones, vienen á convenir en pedirlo hoy limitadamente. Mas si no nos contraemos al pan sacramental, que es alimento de viadores, sino al mismo Cristo, no sacramentado, supuesto que aunque no lo esté siempre es pan vivo que descendió del cielo, como dijo él mismo; podemos entender por aquel *hoy* el día de la eternidad, en que nos lo ha de dar plena y perfectamente en la patria. De este día de la eternidad habla el Eterno Padre, en expresion de David, diciendo á su Divino Hijo: *Tú, eres mi Hijo: yo te engendré hoy;* y de este Hijo se escribe en la Sabiduría, que es el Pan de su Padre, quien como Mercader, lo envia en la nave del vientre virginal. Baste esto para discurrir y colegir si es buena aquella inteligencia.

DIA VEINTE Y SIETE.

Santos Cosme y Damian, mártires.

La ciudad de Egea fué la cuna de los hermanos Cosme y Damian; que en opinion de algunos fueron gemelos. Eran descendientes de una familia noble y cristiana de la Arabia, y tuvieron otros tres hermanos que se llamaron Antonio, Leoncio y Euprepio; y todos fueron educados con sumo cuidado por su piadosa madre. Cosme y Damian se hacian notables entre los demas, porque tenian un talento perspicaz, un genio vivo y una anable docilidad. Se inclinaron á los estudios, y pasaron á la Siria para aprender la medicina, que

veian como la mas análoga para ejercitar la caridad cristiana. En ella hicieron rápidos progresos por su aplicacion y talento, y luego que concluyeron regresaron á su suelo natal para ejercerla. En todo el tiempo de los estudios no se olvidaron de que eran cristianos, ni de los saludables y prudentes consejos de su virtuosa madre, sino ántes bien cada día adelantaban mas en el camino de la perfeccion. Su pais estaba lleno de gentiles, como que en el siglo III se hallaba extendida por todo el Oriente la religion pagana, y era protegida por los emperadores romanos; pero estos ilustres mártires trataron de combatirla, y si no lograron extinguirla en su suelo patrio, á lo ménos extendieron admirablemente la religion de Jesucristo por todas las inmediaciones de Egea.

Su profesion de médicos lo hacia tratar íntimamente con los paganos, y hablarles sobre la religion verdadera, diciéndoles que seria el consuelo en sus dolencias, y que ella les abriria felizmente el paso á la eternidad. Sus curaciones, principalmente las primeras, fueron milagrosas, lo que les atrajo grande reputacion de santos y de sabios médicos, de manera que aun los mismos gentiles los respetaban. Nunca llevaban ningun dinero por curar, y por eso los griegos les llamaban *Anargyrios*, que quiere decir, sin estipendio; pero no por eso dejaban de asistir á los enfermos con mucho cuidado y con todos los afectos de la caridad cristiana. Primero atendian al estado de sus almas para fortalecerlas si eran cristianos, ó para vencerlas si eran infieles; y despues mandaban los medicamentos, encargando siempre que los recibieran con la esperanza en Dios que es el Autor de la vida. De esta manera hicieron portentosas conversiones; porque era menester que todos hubieran cerrado los ojos por no ver las maravillas que Dios hacia por la intercesion de aquellos dos esclarecidos Santos. A ellos ocurrían todos los enfermos como á la piscina; y en efecto, en sus manos se curaban todas las enfermedades, aun aquellas que en concepto de otros no tenian remedio alguno. Muchas veces volvieron á la vida espiritual y temporal á gentiles moribundos que estaban ya muy próximos á pasar á la eternidad y á sufrir las penas perdurables del infierno, y de este infeliz estado los sacaban al de su salvacion y completa salud.

Los tremedos edictos de los crúeles emperadores Diocleciano y Maximiano se hicieron escuchar por toda la Arabia; y para desaparecer á todos los cristianos de Egea, mandaron al prefecto Licias con órdenes terminantes que no omitiera tormento ni suplicio hasta bor-

rar el nombre de cristianos. Muchos paganos de aquella ciudad denunciaron á Cosme y Damian ante aquel ministro de la tiranía, imputándole que curaban por arte diabólico y que eran los principales enemigos de su religion, porque bajo el pretexto de sanar los enfermos los hacian abandonar á sus dioses. Era preciso que aquellos dos que brillaban mas en la propagacion de la fé católica, fueran las primeras víctimas sacrificadas al furor del paganismo. Licias mandó prenderlos, y haciéndolos traer á su presencia los amenazó con los mayores tormentos si no sacrificaban á los dioses del imperio; pero negándose á obedecerlo con valor heroico nuestros Santos, fueron puestos en el potro. Sufrieron en efecto la tortura sin padecer ningun dolor, y luego mandó arrojarlos al mar, habiendo sido atados de piés y manos; pero fueron rotas las ligaduras y ellos salieron á la orilla sin lesion alguna, lo que visto por Licias lo atribuyó á sortilegios y prorumpió en una horrorosa blasfemia, la que fué castigada en el acto con una multitud de golpes que sentia sin ver quien se los daba, y de los que Cosme y Damian puestos en oracion lo libraron. Ordenó el endurecido Licias que fueran conducidos á la cárcel, y al dia siguiente, viendo que insistian en su creencia, hizo que se encendiera una hoguera de sarmientos y fueran arrojados en ella nuestros Santos; pero quedaron libres lo mismo que en el anterior tormento. Despues mandó que los amarraran á unos troncos, y una multitud de soldados les tiraran dardos y flechas, y lo que consiguieron fué que se volvieran contra ellos mismos los tiros y causarían á algunos la muerte. En vista de esto se alborotó el pueblo, y temeroso Licias de que se convirtieran muchos á la fé de Jesucristo, ordenó que fueran degollados. Al primer golpe cayeron sus cabezas y ellos fueron á recibir la corona del martirio el 27 de Setiembre del año 283.

El martirologio romano añade, que los tres hermanos de Cosme y Damian fueron igualmente martirizados en el mismo dia. Sus cuerpos se condujeron á Siria, y fueron sepultados en Syro. Por los años de 527 mandó el emperador Justiniano fortificar y extender aquella ciudad, porque en ella se hallaban las preciosas reliquias de aquellos esclarecidos campeones de la religion. El mismo emperador mandó levantar un suntuoso templo en Constantinopla donde habia Iglesia dedicada á estos Santos y que ya estaba arruinada. Fueron conducidas posteriormente sus reliquias á Roma, y el papa Felix mandó edificar una Iglesia donde se conservan.

La Epistola es del capítulo V del libro de la Sabiduría.

Los justos vivirán eternamente: su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria y una brillante diadema: los protegerá con su diestra, y los defenderá con su santo brazo: se armará de todo su zelo y armará las criaturas para vengarse de sus enemigos; tomará la justicia por coraza, y por yelmo el juicio inflexible; y embrazará por escudo impenetrable la rectitud.

El Evangelio es del capítulo VI de San Lucas.

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se paró en un llano juntamente con la compañía de sus discípulos y de un grande gentio de toda la Judea y de Jerusalem y del pais marítimo de Tiro y de Sidon que habian venido á oírle y á ser curados de sus dolencias. Y todo el mundo procuraba tocarle, porque salia de él una virtud que daba la salud á todos. Entonces levantando los ojos hacia sus discípulos decia: Bienaventurados, oh pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis. Bienaventurados sereis cuando los hombres os aborrecan y os separen, y os afrenten, y abominen de vuestro nombre como maldito en ódio del Hijo del Hombre. Alegraos en aquel dia y saltad de gozo; porque os está reservada en el cielo una grande recompensa.

MEDITACION.

Sobre el efecto saludable de la penitencia.

Considera que si se pierde á Dios por el pecado, se le halla por la penitencia. Un deseo del corazon basta para perderle y un suspiro del corazon basta para hallarle. Una lágrima es de tanto precio, que nos puede recuperar á Dios. No se recoge el dinero perdido, ni se recobra un hijo muerto por mas que se lllore; mas las lágrimas de la penitencia hacen que hallemos y recobremos á nuestro Dios. ¡Oh penitencia, y cuán maravilloso es tu efecto! ¡Cuán preciosas las lágrimas de la contrición! Si á ellas se agrega la diligencia, la solididad, el trabajo en reformarnos y remediar los males cometidos, ¿quién duda que por ellas hallaremos á quien buscamos? Es ver.

dad que algunas veces se dilata el efecto de hallar á nuestro Dios; pero esto es mientras nuestro dolor no llega á ser perfecto, y no porque el amado rehúse venir; que él viene, y es de fé que viene, luego que nuestro dolor llega á aquel punto en que ya es de verdadera contrición.

Considera que el medio para recuperar la unión con Dios, es dejarse uno á sí mismo, que es lo que obra la contrición. Entónces sí que el que perdió á Dios por la disipacion del corazon, por el desenfreno de los sentidos, por el tumulto de las pasiones, por el comercio del mundo, por los ilícitos deseos con que se buscaba á sí mismo y la satisfacion de sus apetitos; se recobra por el desprendimiento de las criaturas, por la renunciación del mundo y de sus pompas, por la abnegacion propia, por la saludable mortificacion. ¿Dónde estaba tu Dios, ó alma mundana y entregada á tus placeres? Estaba donde tú no estabas; y no estaba en tí, porque estabas tú contigo amando una apariencia de felicidad y un bien falso y mentido, en cuyo goce te buscabas. Mas ya le renunciaste; ya dejaste esta sombra que huía delante de tí; ya prescindiste de tí mismo, y dejaste de hacerte misero objeto de tus desvelos y atenciones; y esta resolucion te ha sido tan benéfica, que dejándote á tí encontraste tu Dios. ¡Ah! no vuelvas á incurrir en la desgracia de que ya te ves libre; ten á tu Dios y llévalo contigo donde quiera que estés, y en cuanto hicieses; pues no tienes mas fin que hacer su voluntad, ni mas felicidad que agradecerle, ni mas bien que poseerle.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Cierto es que pronto encuentra á Dios la verdadera contrición; pero tambien es cierto que no tan pronto se encuentra esta verdadera contrición: la dificultad está en hallar este medio, que encontrándole pronto hallará por él el fin deseado. El que ha hallado á su Dios, vea de no perderle; que si lo pierde, difícil es que le halle. Difícil es tambien conservarle si no se ponen los medios convenientes para no perderle; porque este tesoro de infinito valor le llevamos en pasos de barro débiles y quebradizos. El temor de Dios, este santo temor sea el baluarte que nos asegure la posesion de este bien inestimable: concedédmelo, Dios mio, por el amor mismo con que me buscasteis para hacerme todo vuestro, y haréis todo mio.

JACULATORIA.

Busquemos al Señor mientras se lo puede hallar.

LECCION.

Sobre la quinta peticion del Padre nuestro, que es: "Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores."

Cuán agradable sea á Dios nuestro Señor esta peticion, fácilmente se puede conocer en que ella contiene una verdadera confesion de toda la fé, y supone y requiere una completa reforma de costumbres en el hombre. Por ella este mismo hombre reconoce á Dios como su primer principio y último fin: lo confiesa Dios verdadero, Padre de misericordia, sabio, justo, omnipotente: confiesa á Jesucristo como Dios y Hombre verdadero, Redentor, victima, pontífice: el precio de su sangre, el mérito y el fruto de su pasion y muerte: la verdad de su dogma, la santidad de su moral y convirtiéndose á sí mismo se reconoce hombre miserable, hijo de Adán, heredero de su culpa y su castigo, reo de propio pecado ante la justicia eterna, y deudor á ella para con Dios y para con los hombres de la pena merecida. Mas luego sobreponiéndose á su propia miseria por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad busca como Padre y Redentor á quien no puede responder como juez; y para hallarlo propicio y generoso, propone borrar toda iniquidad, abrazar toda justicia, observar su moral, imitar sus ejemplos. Tanto como esto comprende ya esplita é implícitamente la peticion de que vamos á tratar, y en que por lo mismo reconocemos la sabiduría de su divino Autor.

Y á la verdad, que no necesitamos de muchas autoridades ni demostraciones de la razon para probar lo que acabamos de asentar, cuando el testimonio de nuestra conciencia y los principios de rectitud que Dios ha grabado en lo íntimo de nuestros corazones, nos convence de ello. Porque ¿quién es el que no está íntimamente persuadido de su heredada miseria, de su personal pecado y de su impotencia é incapacidad para borrar por sí mismo su culpa y satisfacer su deuda? Aun el mas justificado, no á los ojos de los hombres ni á su propio juicio, sino á los del mismo Dios, ¿por ventura no confiesa á cada paso con un Pablo la oposicion de la carne al espíritu? Y lo que es mas, ¿no acredita lastimosamente con sus faltas

aunque levísimas, la verdad de aquella sentencia del Eclesiástico: *No hay hombre justo sobre la tierra que obre perfectamente el bien, y no peque?* Y si dijera lo contrario, pecaría, conforme declara San Juan Evangelista por estas palabras: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos seducimos*, es decir, *nos inducimos en él, y no hay en nosotros verdad*. Lo que es en tanto grado cierto, que el concilio de Milevi prohibe con anatema el decir que los justos dicen por humildad: *Perdónanos nuestras deudas; mas no con verdad, esto es, que no tienen pecados de que pedir perdón*. Esto confirma el Tridentino por estas palabras: *De los justos es aquella voz tan humilde como verdadera: Perdónanos nuestras deudas*. Lo que dice á propósito de declarar que no por las faltas á lo ménos leves en que suelen caer dejan de ser justos suponiendo, como es cierto, que no son de costumbre aquellas faltas, y que las reparan suficientemente.

Mas si esto dice á los justos su conciencia, ¿qué dirá á los pecadores la suya? Ya lo dijo el Señor por el Profeta: *Todos se apartaron de la justicia y se han hecho inútiles; no hay uno siquiera que obre bien*. Esto mismo les dice su conciencia. Así es que reconociéndonos todos pecadores al volver en nosotros mismos, al despertar del letargo de la culpa procuramos averiguar, como el diestro piloto despues de la borrasca, el punto en que nos hallamos, el estado de nuestra nave, nuestros recursos, todo con respecto al puerto á que hacíamos el viage. Y ¿qué reconocimiento? ¡Ah! nuestro lastimoso fracaso, la imposibilidad de repararlo por nosotros solos, la inmensa distancia de la patria. ¡Oh Dios! ¿Y qué debe seguirse á tan fatal desengaño! ¿Qué? La desesperacion.

En ella caería sin duda el que no tuviese fé; pero el pecador que no la ha perdido sabe, puede, y debe evitar este escollo en su caída, porque él entra en todas estas reflexiones. Desde luego conoce que en la situación en que se encuentra debe buscar la verdad por mas que lo reprenda, y desechar las vanas excusas; así es que oñtre á la fé, y esta descubre el velo que oculta á sus ojos la verdad. Con su luz descubre la vanidad de aquella excusa con que se consolaba en su extravío, disculpando sus caídas con la heredada miseria y corrupcion de la naturaleza. Es verdad que encuentra en el Profeta penitente esta excusa donde dice: *He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y en el pecado me concibió mi madre;* pero tambien es cierto que descubre la diferencia que hay entre escudar-

se el pecador impenitente con esta su miseria para seguir pecando, y alegar la penitente para mover en su favor la misericordia divina á perdonarle un pecado de que quiere apartarse. Fuera de que él encuentra la respuesta á aquella excusa; pues no se le oculta que si de Adán recibió una naturaleza corrompida y propensa á lo malo, ha recibido del segundo Adán Jesucristo una naturaleza toda santa y capaz de adherirlo firmemente á lo bueno, en la gracia santificante que se le comunicó por el bautismo, la penitencia y demas sacramentos, con lo que se halla desvanecida su excusa y aumentada su amargura al contemplar doblada su culpa y su desgracia, perdiendo en Adán una naturaleza inocente, y en sí mismo una naturaleza reparada. Pérdida incomprendible al entendimiento criado, por serlo de la gracia que es de infinito valor, y ocasionada por un mal de infinita malicia cual es el pecado; cuya mácula es indeleble al poder y fuerzas del hombre en lo natural, y por consiguiente perpetua, eterna de su naturaleza, y seguida por reato inevitable, de una pena gravísima en su entidad y eterna en su duracion.

Todo esto comprende bien el hombre desgraciado, no solo por la verdad revelada, pero aun en parte por la luz natural. En el extremo de su aflixion inquiere sus recursos, y no las halla, ni le son bastantes. ¿Cómo evitar la pena merecida! ¿Cómo evadirse de la mano del Dios omnipotente. . . Si subiera á los cielos, como dice David si bajase al abismo, si habitase en las extremidades de los mares, allí hallará al Señor, allí lo tendrá su diestra poderosa. ¿Luego no hay remedio? ¿Luego es preciso perecer? No; porque la fé lo socorre de nuevo, y envía á su corazon un rayo de esperanza. El Hijo de Dios vivo se ha hecho Hombre y ha muerto en una cruz por salvarlo: su sangre preciosísima derramada por él, clama misericordia, y él mismo ora en la patria á su Padre Celestial, y le presenta sus llagas sacratísimas para alcanzarle el perdón: en sus méritos le ha dejado un tesoro de infinito valor para pagar sus deudas. El en su trono ha jurado por sí mismo diciendo: *Vivo yo que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; y ha declarado en la tierra, que no vino á buscar á los justos sino á los pecadores*. Él ha mandado á sus ministros que en su nombre y con su autoridad perdonen los pecados, no una ni pocas veces, sino muchas, siempre que el pecador arrepentido se convierta de veras. Luego éste es el remedio: ocurrir con humildad, con viva fé, con esperanza animosa al mismo Dios ofendido, pero aplacado ya por su Hijo Santísimo

En efecto, el pecador advierte que halla en el caso de usar de los labios que solos le han quedado, en expresion de Job, para impetrar su perdon con la oracion fervorosa: él se anima y enseñado por Jesucristo, dice confiadamente: *Perdonanos nuestras deudas*, esto es, *nuestros pecados*, como dice San Lucas. Perdona, le dice, porque es propio de tí que eres Dios verdadero, como te creo y confieso, el perdonar los pecados: perdona, porque te ofrezco en tu Hijo Santísimo hecho Hombre, á quien confieso Redentor y víctima y pontífice, una satisfaccion plena y superabundante: perdona, porque él ora por mí y me defiende de tu justicia como mi abogado: y perdona, porque es propio de tu misericordia el perdonar, y porque si no perdonas, yo por mí no soy capaz de borrar mi pecado, ni pagar la deuda que por él he contraído.

Pero no solo á mí te pido que perdones, sino á todos mis hermanos, porque todos hemos pecado, y un beneficio tan grande como tu perdon, no solo para mí lo quiero é imploro, mas para todos ellos; y porque el fuego de tu amor que al contemplarte tan bueno y misericordioso se enciende ya en mi corazon, siendo de verdadera caridad que es una, me obliga á desear y pedir lo que para mí deseo y pido, para aquellos á quienes yo amo en tí y por tí únicamente.

Perdonanos, pues, nuestros pecados, porque reconociendo con tu Profeta, que son ofensas contra tu bondad, que contra tí solo hemos pecado y hemos hecho el mal en tu presencia, ¿á quién sino á tí que eres el ofendido le toca perdonar? Y perdonanos finalmente, porque los reconocemos y confesamos como propios nuestros, concebidos por nuestra perversidad, por nuestra concupiscencia, y nacidos de nuestra iniquidad.

Empero el pecador conoce bien que de nada le servirá pedir el perdon de sus pecados, si no los detesta de veras, y acredita con sus íntimos sentimientos y con sus obras la verdad y sinceridad de su conversion, que para serlo pide una entera y eficaz reforma en sus costumbres. Esto indica la protesta que hace de perdonar el mismo á sus deudores, ó como escribe San Lucas, *á todo aquel que le sea deudor*, es decir, á todos los que nos hayan ofendido en cualquiera manera que sea. La razon es porque el que hace una obra perfecta de virtud, si bien obligatoria, cual es el perdon de los enemigos, muestra bien con este acto que ya abraza ó quiere abrazar toda justicia, esto es, todo lo que constituye la virtud cristiana; y esto no puede verificarse sin que el hombre se aparte de hecho ó quiera ya

eficazmente apartarse del pecado, purificando su alma con la penitencia, que es en lo que consiste la verdadera conversion.

Mas contraigámonos con especialidad á esta condicion con que pedimos el perdon de nuestros pecados, y reflexionemos que en realidad lo es, y esencialísima, declarada así en términos expresos por Jesucristo: *Si perdonareis á los hombres sus pecados*, dice por S. Mateo, esto es, si perdonareis á vuestros prójimos las ofensas que os hicieron, *os perdonará vuestro Padre celestial vuestros delitos; mas si no los perdonareis, ni vuestro Padre celestial perdonará á vosotros vuestros pecados.* ¡Podrá darse declaracion mas expresa, condicion mas esencial, y consecuencia mas bien deducida que la que debe deducirse de este antecedente sobre la cualidad de esta peticion en los que rehusan perdonar, y conservan sus enemistades y resentimientos?

Otro sentido tiene la expresion *asi como*, y es el de cierta semejanza, pidiéndole á Dios que nos perdone de la manera que nosotros perdonamos; mas esto no se ha de entender rigurosamente, porque ¿quién pide á Dios que imite al hombre? Antes por el contrario, el Santo rey David le pide que se duela de él *segun su gran misericordia*, y borre su iniquidad *segun la multitud de sus piedades*. Mas parece, pues, que ordenándose la oracion á excitar y mover nuestra voluntad á querer eficazmente aquello que pedimos, la excitamos y movemos con esta peticion á querer perdonar con la plenitud y perfeccion con que Dios perdona; pero no pasa de semejanza, porque es dado al hombre imitar las obras de Dios, no igualarlas. Así es que el Apóstol nos dice: *Sed imitadores de Dios*; pero no nos dice ni puede decir: *Sed iguales á Dios*. Y si Jesucristo nos manda que seámos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto, se entiende no de igualdad, que es imposible, sino de semejanza: si bien esta debe ser la mas perfecta que podamos, especialmente en el lleno que demos á la condicion con que pedimos el perdon de nuestros pecados, pues vemos cuán esencial y grande es el bien que nos alcanza, y cuán agradable le es á Dios por abrazar ó comprender la confesion de toda la fé, y la entera conversion del pecador.

DIA VEINTE Y OCHO.

San Wenceslao, duque de Bohemia, mártir, y San
Simon de Rojas.

SAN WENCESLAO.

SAN Wenceslao fué hijo de Uratislao, hombre de gran virtud y prudencia para el gobierno de sus estados, y de Drahomira, muger pagana, soberbia y de costumbres muy opuestas á las de su marido. Esto movió á Santa Ludmila, esposa de Barior, abuela de nuestro Santo, á encargarse de la educacion de su nieto, y lo puso al cuidado de un sacerdote muy virtuoso y ejemplar, quien lo instruyó en los principios religiosos y literarios, con tanto aprovechamiento de su discipulo, que habiendo este pasado al colegio de Budweis, se hizo muy recomendable por su aplicacion y mucho mas por su virtud, pues desde muy niño se distinguió por su devocion á la Santísima Virgen, y su amor á la castidad y pureza.

Siendo de muy corta edad, murió el padre de nuestro Santo, y apoderándose del gobierno su madre Drahomira, suscitó una cruel persecucion á los cristianos, y produjo con ésta tal desórden en la administracion pública, que siendo aun muy jóven Wenceslao tuvo que separar á su madre del gobierno por consejo de su santa abuela, lo que logró con la mayor facilidad, pues Drahomira era generalmente aborrecida. Proclamado nuestro Santo por duque de Bohemia, ocupó la mayor parte de sus estados, cediendo á su hermano Boleslao un pequeño territorio, al que se retiró su madre.

Dirigido Wenceslao por los consejos de Santa Ludmila, puso fin á la persecucion y se dedicó á proteger con el mayor empeño la religion católica. Logró en efecto verla progresar, tanto con sus acertadas disposiciones, como por su ejemplar conducta. Su caridad para con los pobres no tenia límites: los huérfanos, las viudas y necesitados recibian de él toda clase de socorros: visitaba las cárceles y hospitales, cuidando de que nada faltase á los enfermos ni á los presos, pagando muchas veces las deudas de estos últimos para que consiguieran su libertad. Su respeto á las cosas sagradas era sumo: sus prácticas piosas ocupaban todo el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos, y no contentándose con la oracion privada que hacia en su oratorio, muchas noches, con la mayor edificacion

del pueblo, las pasaba orando en los pórticos de los templos, sin que lo retrajesen las heladas que le caian encima.

Entre tanto, Drahomira, conociendo que casi todas las determinaciones de Wenceslao eran fruto de los consejos de su santa abuela, formó el escandaloso proyecto de quitar á esta la vida, como lo consiguió, haciéndola ahogar con su mismo velo por dos asesinos, infelices á que se habia dispuesto Santa Ludmila con el mayor fervor, tan luego como llegó á entender el inicuo designio de su nuera. Wenceslao sintió el mayor dolor por esta desgracia; pero no se atrevió á castigar tamaño crimen, reservando á Dios el castigo.

Aun hizo mas esta muger desnaturalizada; fomentó una faccion contra su mismo hijo, y á consecuencia el principe Radislao invadió sus estados. Nuestro Santo, propuso un honroso avenimiento á su injusto enemigo; mas éste, burlándose de su moderacion, lo obligó á defenderse. Juntó al efecto su ejército; pero al acercarse al de su contrario, movido de compasion de los inocentes que debian perecer en el combate, propuso á su competidor el terminar aquella lid por un duelo particular entre ambos. Aceptólo Radislao, y se presentó en el campo muy bien armado; y al acercarse Wenceslao, que solo llevaba una espada y una rodela, le arrojó un venablo para atravesarlo, del que Dios lo libertó milagrosamente por medio de dos ángeles; lo que visto por el principe se postó á sus pies pidiéndole perdon, terminando así aquella invasion con gran desaire de Drahomira.

El emperador Othon convocó una dieta general en Worms, á la que asistió Wenceslao, siendo recibido con las mayores muestras de aprecio de su parte, hasta quererle dar el título de rey de Bohemia; honor que rehusó nuestro Santo, y solo pidió algunas reliquias de San Vito y de San Segismundo, rey de Borgoña: concediéndoselas el emperador junto con el privilegio de llevar en su estandarte la aguilta imperial, y el de eximir á sus dominios de la contribucion que le pagaban.

Levó consigo las reliquias, y mandó fabricar una hermosa iglesia en Praga donde fueron colocadas. Juntamente mandó llevar el cuerpo de Santa Ludmila, su amada abuela, á la iglesia de San Jorge que su padre habia levantado. Raras veces no es la virtud y la justicia el blanco de la persecucion. Estas prendas en Wenceslao, y las providencias que tomó para contener los excesos de las clases privilegiadas, le concitaron un odio implacable entre los no.

bles, los que uniéndose á Drahomira, que siempre lo perseguía, formaron el proyecto de asesinarlo. Presentóseles, bien pronto la ocasión, pues habiendo tenido un hijo Boleslao, convidaron con esta motivo á nuestro Santo para que pasase algún tiempo en su compañía y la de su madre. Aceptó Wenceslao el convite, y fué recibido con una fingida amistad en la casa de su hermano, en la que nada alteró su método devoto de vida, y habiéndose levantado en la noche del 25 de Setiembre del año de 938 á hacer oracion como lo acostumbraba, fué atrevesado alevosamente con una lanza por su mismo hermano en su casa, como lo asegura el martirologio, ó en la puerta de una iglesia, como dicen otros.

Informado el emperador Othon de este suceso, marchó á Bohemia con un poderoso ejército para vengar la muerte de este ilustre príncipe, y venido Boleslao, lo obligó á pagarle un tributo. La per-versa Drahomira á poco tiempo de la muerte de Wenceslao, perdió la vida de un modo espantoso y ejemplar; y el sagrado cuerpo de nuestro Santo, por una serie de maravillas, fué sepultado honoríficamente en Praga en la iglesia de San Vito, donde se ha hecho célebre su culto por sus muchos milagros.

San Simon de Rojas.

Nació San Simon de Rojas de nobles y piosos padres en Valladolid, ciudad de Castilla la Vieja. Desde su infancia se admiró en él cierto indicio de su futura santidad; pues apenas comenzó á articular palabras, cuando las primeras que pronunció fueron estas: "Ave Maria," lo que fué de tanta admiracion para los que lo oyeron, que desde luego conocieron la extraordinaria devocion que comenzaba á profesar á la Madre de Dios. El evento confirmó este presagio, tanto por los progresos que aun desde niño hacía en la piedad y en la observancia de todos los oficios de la religion; como por el tiernísimo afecto de devocion de que estaba poseído hácia la Virgen Santísima, de manera que siéndole muy familiares aquellas palabras de la Salutación angelica, no las podia concluir sin sentirse todo conmovido y derramar abundantes lágrimas. Resplandecía en él además de esto un especialísimo amor hácia los pobres, tanto, que solo al verlos se enternecía y no podia dejar de socorrerlos, quitándose hasta la misma comida y los vestidos para dárselos liberalmente.

Siendo tal su virtud en los años de su adolescencia, no podia de-

jar de tomar incremento en aquella época en que la eleccion de estado hace á un jóven virtuoso reflexionar seriamente sobre su vida ulterior. En efecto, el deseo de abrazar el estado religioso, para practicar en él una vida devota y mas austera, se apoderó tan fuertemente de su corazon, que no pudiendo dudar que Dios le llamaba á él, entró en la Orden de la Santísima Trinidad y Redencion de Cautivos en la misma ciudad de Valladolid. Hecho con grande aprovechamiento su noviciado, y verificada su profesion, se dedicó á perfeccionarse en los estudios, en que desde ántes habia aprovechado mucho, de modo que recibido el magisterio pasó el resto de su vida ya en enseñar, ya en gobernar á sus hermanos. Era tal su sabiduría y tal su arte para la enseñanza, que despues de haber servido las cátedras en muchos conventos de Castilla, fué puesto de rector de toda la provincia, de la que se le dió la prelación. Aumentado en estimacion y en autoridad, desempeñó sus cargos con tanta prudencia y humildad, que supo tocar aquel punto dificultosísimo de sostener la observancia sin perder nada de la modestia y mansedumbre á que le inclinaba su humildad, valiéndose para ello de la inapreciable virtud de predicar con el ejemplo mas que con la palabra, y de despertar el fervor mas con el ejercicio de la caridad que con el de la autoridad que fungió.

Las atenciones del gobierno, el cuidado de la observancia y la diligencia con que procuraba su propio aprovechamiento, no le impedían cuidar con eficacia de la salud del pueblo, en cuya solicitud trabajaba incesantemente, ya predicando la divina palabra con gran zelo, ya administrando el sacramento de la penitencia, ya finalmente valiéndose de cuantos medios le dictaba su caridad para atraer á los pecadores, sacándolos del cieno de sus vicios y poniéndolos en camino de salvacion. Ni cuidaba ménos del socorro de los pobres, pues alimentaba diariamente un crecido número de mendigos, fiado en la Providencia del Señor; á quien fué tan acepta su caridad, que muchas veces lo distinguió con inesperados socorros. Merecian mas que todos su vigilancia y activísimas disposiciones los miserables cautivos que vivían en cadenas bajo el yugo saraceno, y para cuya redencion derramaba á manos llenas los tesoros que le daba la Providencia. Entre tanto trabajaba con suma eficacia en cultivar su propia viña por medio de la oracion que ilustra y vigoriza su espíritu, y por el ayuno y penitencia mas rigorosa con que mase-raba su cuerpo.

La santidad de su vida y todas sus bellas cualidades le trajeron el amor del rey Felipe III y de su esposa la reina Margarita, quienes le encomendaron la educacion y enseñanza de los príncipes sus hijos. El desvelo y acierto con que desempeñó este cargo hicieron que creciese su estimacion extraordinariamente en la corte; pero la exactitud con que cultivaba la humildad, fué una barrera que lo defendió y conservó enemigo del aplauso, en términos de que no levantándose nunca del profundo de su humillacion, rehusó constantemente las dignidades que se le ofrecian por el rey, y no usó nunca del valimiento que tenia sino en beneficio de los pobres, de los encarcelados y de todos los que padecian tribulacion, para cuyo remedio y consuelo siempre estuvo pronto, visitando los hospitales y las cárceles, ministrando alimentos y medicinas, y ejercitando toda especie de obras de misericordia, tanto, que era llamado el padre de los pobres. La salud de sus almas era su principal objeto, promoviendo la misma eficacia en los nobles y en los plebeyos. Para conseguir esto, y adelantar el culto de la Santísima Virgen estableció en Madrid la célebre cofradía que llaman del *Ave Marta*, y tuvo el gusto de verla propagada por toda España. Por esta misma devocion impetró para su Orden el oficio propio del Santísimo nombre de María.

Esta Santísima Señora, que no se deja vencer en liberalidad y firmeza, premió la devocion de nuestro Santo con muchos y muy grandes beneficios, entre los cuales fué muy señalado el de que no sintiese estímulo alguno de la concupiscencia, despues de haberlo sostenido en fuertes combates que en esta materia le presentó el enemigo, y en que siempre salió vencedor. Ilustrado ademas con el don de profecías, con el de milagros y curaciones, alcanzó tambien el conocimiento ó noticia del día y hora de su preciosa muerte, la que súbitamente lo entregó á su Dios, á los setenta y dos años de su edad. Su funeral fué honorificentísimo, pues por doce dias continuos celebraron sus honras fúnebres los principales Ordenes de la ciudad. Como no cesase el concurso de los pueblos á venerarlo en su sepulcro y continuasen en él los milagros con que lo esclareció el Señor, el papa Clemente XIII, hechas las informaciones jurídicas, lo beatificó solemnemente.

La Epístola es del capítulo X del libro de la Sabiduría (pág. 341.)

El Señor condujo por caminos seguros al justo &c.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y cargue con su cruz, y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O con qué cambio podrá el hombre rescatarla? Porque el Hijo del Hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entónces dará el pago á cada uno conforme á sus obras.

MEDITACION.

Sobre la felicidad de una alma en quien reina Jesucristo.

Considera, que no se puede estar sin un Señor, ni servir á dos amos; es preciso que seamos de Jesus ó de Satanás; ¿á cuál de los dos preferéremos? Jesus es el mejor de todos los reyes; Satanás es el mas cruel de todos los tiranos. Jesus nos ama cuanto puede amarnos; Satanás nos aborrece cuanto puede aborrecernos. Jesus reina en la paz; Satanás reina en la perturbacion. El reino de Jesus nos hace felices en el tiempo y en la eternidad; el de Satanás nos hace desgraciados en esta vida y despues de la muerte. ¿Quién pues, puede dudar á eual de estos dos amos servirá? ¡Al uno debo todo mi amor, y de él tengo cuanto soy y cuanto me rodea; al otro nada debo, y no hay bien de que no quiera despojarme, ni mal en que no procure hundirme. Yo, pues, debo amar y servir al que todo es para mí, y para quien soy todo yo. ¡Oh Jesus, rey mio! Yo soy vuestro siervo é hijo de vuestra esclava: ni quiero, ni busco, ni pretendo mas bien que amaros, mas honra que servirlos, ni mas felicidad que ser todo vuestro.

Considera que Jesus no reina en nosotros, si no observamos sus mandamientos; reina en nuestra mente por medio de la fé, en nuestro corazon por la caridad, en nuestra alma con la paz, y en nuestro cuerpo por el sufrimiento: nos gobierna con su sabiduría, nos mantiene con su poder, nos santifica con su amor. Pero reina en nosotros con su sabiduría, cuando renunciamos nuestras propias lu-

ces; reina en nosotros con su poder, cuando renunciamos nuestras propias fuerzas; reina en nosotros con su amor, cuando renunciamos los deseos y apetitos de las cosas terrenas. ¡Oh felicidad llena y perfecta de la alma en que reina Jesucristo! Haced todo lo que Dios quiera; sufrir todo lo que nos sucede; conservar la divina gracia; mantenerse en paz; obedecer á las inspiraciones divinas; no proceder jamas por passion; hallarse prevenido para lo bueno; no desear ningun bien criado, ni temer ningun mal de este mundo: estar siempre contento; vivir y morir en la cruz con Jesus.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Jesus divino, Salvador y dueño de mi alma! ¿Quién te me dará para que en tí y contigo disfrute del sumo bien que solo de tí me puede venir? Mas supuesto que solo de tí me viene, solo tú me le puedes dar. Mas ¡ay! que yo mismo soy el que estorbo mi felicidad, cuando tú estás siempre dispuesto á concedérmela con tu gracia. Ya no puedo dudar quien me dará este bien. Tú eres quien me lo das; pero contando con mi disposicion y cooperacion á tu obra. Pues esta es y debe ser la obra mia; remover todos los obstáculos que me impiden recibir tus gracias, y abrirte todos los senos de mi alma y de mi corazon, para que todo lo llenes y domines en mí con absoluto imperio. Así lo quiero y lo protesto en tu presencia y á la vista de tus ángeles.

JACULATORIA.

Tu reino, Dios mio, está dentro de nosotros.

LECCION.

Sobre la sexta peticion del Padre nuestro, que es: "Y no nos dejes caer en la tentacion."

Quando el infeliz navegante, necesitado á cursar los mares, logra salvar su vida en una y otra tormenta, todos sus deseos, todos sus votos se dirigen á implorar la clemencia del Altísimo á fin de que se digne aun conservársela en los nuevos peligros á que prevee se ha de ver espuesto. Así el cristiano que en el mar proceloso de esta vida ha sufrido el naufragio de la culpa, salvándose una vez en la primera tabla del bautismo, y una ó mas en la segunda de la pe-

nitencia, habiendo de seguir su viage por este piélago tan famoso en borrascas, debe dirigir sus ruegos y plegarias al Padre de las misericordias, pidiéndole la libre de la ruina con que las sirtes del escándalo y la tentacion amagan la existencia de una alma ennoblecida con el divino ser de la gracia, que como alhaja incommutable y única, posee mientras la conserve, exenta de la muerte funesta de la culpa. He aquí la necesidad é importancia de la sexta peticion del Padre nuestro, conque nuestro divino Maestro Jesucristo, despues de habernos hecho pedir el perdon de nuestros pecados nos enseña á implorar la gracia necesaria para evitar la recaída, por estas tier-
nas y reverentes voces: *No nos dejes caer en tentacion.*

Excusado es entrar en la demostracion de la necesidad de la tentacion en esta vida, de la cual dice el Santo Job que es toda tentacion sobre la tierra, cuando el mismo Jesucristo la declara al hablar del escándalo diciendo: *Necesario es que haya escándalos en el mundo;* y cuando habia dicho ya el arcángel San Rafael á Tobias: *Por cuanto eras acepto á Dios, fué necesario que la tentacion te probara.* En lo que hallamos la razon de esta necesidad; pues estando en las miras benéficas de la Providencia atraer á los hombres al camino de la virtud por el poderoso medio del ejemplo que de ella les presenta en sus santos, entra tambien, aunque de un modo indirecto y solo permisivo, en la tentacion que envuelve culpa, la misma tentacion y el mismo escándalo, como medios que son para hacer resplandecer la divina virtud en aquellos vasos de eleccion, tan frágiles y débiles por sí, como formados de aquel barro que contaminó el pecado original.

Así se declaró en el Apóstol San Pablo, á quien no quiso el Señor librar de los estímulos de la carne, dándole por razon que de este modo se conociera el poder de su gracia y el divino origen de la virtud que lo sostenia, cuando se veia formada y perfeccionada en medio de la corrupcion que como hijo de Adán habia heredado. Lo que es un testimonio brillante de la divinidad del Salvador, cuando de la corrompida masa del linaje humano saca hombres ejemplares en virtud.

Mas si este es el fin con que Dios permite las tentaciones, y que las hace necesarias, ¿por qué permitió que fuese tentado el mismo Jesucristo, que siendo impecable carecia de toda corrupcion? La respuesta es bien clara, si reflexionamos que Jesucristo se nos dió en ejemplar de virtudes, no para que admiráramos en él que procedie-

se recta y santamente como lo admiramos en el hombre corrompido y capaz de pecar, sino para que supiéramos cómo las habíamos de practicar. Así es que no atendemos en sus tentaciones á la fortaleza con que las resistió, porque sabemos que no podia ser de otra manera siendo impecable, y que la tentacion toda fué en lo exterior y nada en su interior, como nota San Agustín, por la misma causa; pero permitió el ser tentado para darnos ejemplo en que aprendiéramos á vencer las sugerencias del enemigo, y hacernos conocer que la tentacion es obra de este únicamente, pues como dice el Apóstol Santiago, *Dios á nadie tienta*, porque el tentar para lo malo repugna infinitamente á su esencial bondad.

En efecto, es tan propio del demonio el tentar, que en las divinas letras es llamado por antonomasia el tentador; y está tan empleado en este objeto, que no es otro el que le tiene fuera del lugar de tinieblas que para él se formó; y si nos tienta el mundo, y si nos tienta nuestra propia concupiscencia, es á su instigacion y por su obra. Sin embargo, aun sin él tenemos en nosotros lo bastante para ser inducidos al mal por nuestra propia concupiscencia, de la que atraídos é incitados, como dice el mismo Apóstol, somos tentados, siendo tanto mas temible, cuanto es enemigo doméstico que nos hace traicion, y agente tan principal que es la que concibe y pare el pecado, dice el mismo santo. Pues si á estos enemigos agregamos el número sin número de escándalos, malos ejemplos y ocasiones peligrosas con que el mundo nos convida y nos tienta, ¡Oh Dios! ¿y quién se librará, y quién podrá contemplarse seguro, cercado de enemigos que están de inteligencia con la faccion del interior que á cada momento puede entregar al alma? Solo, confesémoslo, solo puede libramos aquel Dios á quien con tanta necesidad como la que hemos contemplado, dirigimos aquella peticion indispensable: "No nos dejes caer en la tentacion."

Pero aquí será bien hacer dos reflexiones sobre la propiedad con que se traduce á nuestro idioma esta peticion diciendo: *No nos dejes caer en la tentacion*. La primera es acerca del verbo *inducir* que se encuentra en la version latina del Padre nuestro en uno y otro Evangelista, conforme al original, y segun el cual suena la peticion de este modo: *No nos induzcas en tentacion*. La solucion es esta: Sabemos de fé y por principios teológicos indestructibles, que Dios no puede activamente obrando, ó por efecto de su voluntad de *benéplácito*, inducir al mal, porque su bondad esencial está en oposi-

cion directa y diametral con el mal, y no fuera Dios si obrara el mal. Así es que no podemos decir en este *sentido propio*, que Dios induce en tentacion sin destruir la idea de la divinidad; pero sí lo podemos decir aunque en *sentido impropio*, en cuanto no podemos ser inducidos en la tentacion sin la permision de Dios; por lo que muy bien se traduce en castellano: *No nos dejes caer en la tentacion*, esto es, no permitas que seámos inducidos en la tentacion, como observa San Agustín que decian muchos al orar. El concepto expresado no es de extrañar cuando se encuentra en otros varios lugares de la Sagrada Escritura este modo no propio de explicarse. En el Exodo se dice hablando Dios: *Endurocé el corazon de Faraon*; y en la Epístola á los romanos dice el Apóstol, hablando de los impíos, estas palabras: *Los entregó Dios á las pasiones de la ignominia, es decir, de torpe lascivia*. Pero como no deba entenderse esto en un sentido propio y natural, lo declara de un modo terminante el santo concilio de Trento en el cánón sexto de la sesion 27 que dice á la letra: "Si alguno dijere que no está en poder del hombre dirigir mal su vida, sino que Dios hace tanto las malas obras como las buenas, *no solo permitiéndolas*, sino ejecutándolas con toda propiedad, y por sí mismo, de suerte que no es ménos propia obra suya la traicion de Júdas, que la vocacion de San Pablo: sea excomulgado."

La segunda reflexion es acerca de la sustancia de la peticion, ó de lo que propiamente pedimos por ella; porque podia entenderse que queriamos impetrar de Dios nos librase de padecer, de sufrir, de probar la tentacion; pero no es así; no pedimos el no ser tentados absolutamente, porque estamos convencidos con el Santo Job de que la vida del hombre sobre la tierra es todo tentacion, y de que hablando con verdad, nos es útil y fructuosa; porque en las tentaciones nos conocemos y probamos nuestras fuerzas, nos humillamos bajo el poderoso brazo del Señor, y peleando denodadamente nos hacemos acreedores á la inmarcescible corona de gloria, á cuya adquisicion nos anima Santiago diciendo: *Bienaventurado el hombre que sufre sin doblegarse la tentacion, porque cuando haya sido probado recibirá la corona de vida que prometió Dios á los que lo aman*. Y sabiendo por San Pablo que *no será coronado sino el que legítimamente pelear*, en vez de rehusarlas, ántes desea venir á las manos con estos enemigos, sin los cuales no hay victoria, y sin esta no hay aquella especial corona de triunfo prometida al vence-

dor. ¿Pues qué es lo que pedimos? Pedimos el no ser desamparados de lauxilio divino, de modo que alucinados consintamos ó cedamos oprimidos de la afliccion; sino ántes socorridos de la gracia de Dios cuando desfallezcan nuestras fuerzas, ella nos sostenga contra la fuerza de la tentacion, y en las tribulaciones que es muy conveniente decir como aconsejan algunos autores en la exposicion del Padre nuestro, de este modo: "No nos dejes caer en la tentacion," porque de esta manera se expresa mejor la mente; lo que si para Dios no es necesario, pues todo lo comprende, si para el hombre mismo que ora muchas veces sin entender los conceptos que envuelven sus palabras.

Lo dicho hasta aquí no obsta para que pidamos á Dios aparte de nosotros con su benigna Providencia, aquellas tentaciones en que él por su presencia sabe que hemos de caer y consentir: lo que es manifestar el gran deseo que tenemos de no caer, y confesar con humildad nuestra flaqueza.

Siendo esta tanta, y estando persuadidos de ello, nos faltaria de todo punto el ánimo para sufrir la tentacion, si no conociéramos la grande eficacia de esta peticion para alcanzarnos el auxilio divino, siempre que la hagamos con fé y sinceridad, y poniendo de nuestra parte los medios para robustecer nuestro propósito y evitar la ocasion; porque en vano pide el hombre el socorro contra un mal que él mismo se acarrea, debiendo por el contrario estar ciertos de que se verificará el oráculo del Espíritu Santo, de que *quien ama el peligro, perecerá en él.*

Mas como pongamos los medios y oremos debidamente, debemos estar ciertos del auxilio divino, con el que venceremos á nuestros internos y externos enemigos, con aquella fortaleza de Cristo de que habla el Apóstol, donde dice: *Gracias á Dios que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesucristo; á quien tambien aclama justamente como autor de la victoria, aquella voz celestial que dice en el Apocalipsis: Se ha hecho y cumplido la salud y la virtud, y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo; porque fué arrojado el acusador de nuestros hermanos, y ellos lo vencieron por las angras del Cordero.*

He aquí la importancia de aquella peticion; pues ella nos alcanza el auxilio divino, este nos da la victoria, y por ella logramos bienes inestimables. Al que venciere, dice el Señor en el Apocalipsis, *no le dañará la muerte segunda. El que venciere, dice en otro lugar,*